

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Páginas escogidas



LITERATURA RANDOM HOUSE

Páginas escogidas

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Selección de
Ignacio Echevarría



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

PRESENTACIÓN

I

Entre los años 2015 y 2107, tres sellos del grupo Penguin Random House (Debate, Debolsillo y Literatura Random House) han publicado la práctica totalidad de los escritos dados a la luz por Rafael Sánchez Ferlosio a lo largo de más de seis décadas. A punto de cumplir los noventa años, Ferlosio recibe así el más grande homenaje que cabe rendir a cualquier escritor que llega a esa edad: que toda su obra se halle disponible y en circulación en ediciones accesibles, bien cuidadas y controladas por él mismo. Por sí solo, el dato es un indicio elocuente del aprecio y de la admiración que Ferlosio ha ido cosechando en el transcurso de su larga trayectoria, y que le han valido las más altas distinciones. Aprecio y admiración que conviven, sin embargo, con al menos dos malentendidos que tal vez sea éste un buen lugar y momento para tratar de despejar.

El primero atañe a la supuesta dificultad de la prosa de Ferlosio. Durante los trabajos de edición de sus libros, los editores han tenido ocasión de constatar el respeto no exento de cautelas que a menudo suscitan los textos no narrativos de Ferlosio, incluso entre lectores avezados. Sobre la prosa del Ferlosio articulista y ensayista pesa la leyenda de su complejidad; una leyenda abonada, entre otros, por

el propio autor y las manifestaciones que en distintos lugares ha hecho acerca de su afición por la prosa hipotáctica, un término éste —«hipotáctica»— que tiene efectos disuasorios incluso entre quienes no aciertan a precisar bien su significado. Lo cierto es que la descomunal extensión de algunos de los artículos publicados por Ferlosio en la prensa periódica, sumada a la imprevisibilidad y a la agudeza con que vertebra sus argumentos, suelen reclamar una atención, una tensión intelectual que se compadecen mal con la superficialidad y las prisas que determinan por lo común la lectura de los diarios. De ahí que no sea raro que a muchos se les antojen poco menos que inaccesibles determinados textos que, leídos en otras circunstancias, apreciarían como apasionantes aventuras de la razón y de la lengua.

La impaciencia de algunos frente a lo que a menudo, en relación tanto a los ensayos como a los artículos de Ferlosio, se considera prolijidad y complicación excesivas —cuando no gratuitas— tiene que ver, sobre todo, con el hecho de proceder Ferlosio en un sentido contrario al que determina el curso de una época tutelada por los genios de la publicidad y del periodismo. Lo señaló Adorno en 1944: «Centrar la expresión en la cosa en lugar de la comunicación es sospechoso: lo específico, lo que no está acogido al esquematismo, parece una desconsideración, una señal de hosquedad, casi de desequilibrio». Sólo «la palabra acuñada por el comercio», la que se abandona a «la corriente familiar del discurso», se beneficia de la garantía de inteligibilidad. «La expresión vaga permite al que la oye hacerse una idea aproximada de qué es lo que le agrada y lo que en definitiva opina.» La rigurosa, en cambio, «contrae una obli-

gación con la univocidad de la concepción, con el esfuerzo del concepto», que reclama del lector «la suspensión de los juicios corrientes respecto a todo contenido», exponiéndolo a un desamparo al que enérgicamente se resiste. De ahí surge el rechazo o el vacío que suelen rodear a quien se empeña en el rigor de la expresión. Rechazo o vacío que amplifica la muy extendida propensión a confundir la complejidad con la oscuridad, cuando precisamente la primera es una de las armas de que dispone la razón para adentrarse en la segunda.

El caso es que el bien ganado prestigio de Ferlosio como prosista demasiadas veces se asocia prejuiciosamente a una exigencia que desalienta al lector aun antes de confrontarse directamente con sus textos. ¿Por dónde empezar a escalar una mole de tan escarpada reputación?, se preguntan no pocos lectores abrumados por la visión de los cuatro gruesos tomos que reúnen en la actualidad la obra ensayística de Ferlosio (comprendidos artículos y conferencias). La iniciativa de armar el presente volumen trata de salir al paso de una pregunta como ésta, proponiendo no tanto una ruta supuestamente preferible a otras, ni mucho menos un atajo, sino más bien una placentera excursión por algunos de los más amenos o espectaculares parajes de un paisaje pródigo en ellos, y que no por montañoso resulta menos transitable.

El segundo de los malentendidos a que la recepción de la obra de Ferlosio suele dar lugar es el que establece una estricta divisoria —por no hablar de incompatibilidad— entre su faceta de narrador y sus facetas de articulista y de ensayista, supuestamente divergentes. Son muchos los que,

habiendo leído *El Jarama* cuando jóvenes —a menudo por imperativo académico—, conocen de Ferlosio solamente esa primera faceta de narrador, conservando un recuerdo más o menos fosilizado, según la edad, de aquella novela o, en el mejor de los casos, de un libro todavía más antiguo: *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. También en esto es el mismo Ferlosio el principal responsable de que muchos piensen que, poco después de haber publicado *El Jarama*, embargado de «horror o repugnancia por el grotesco papelón de literato» al que lo abocaba el éxito de esa novela, renunció a su carrera como narrador para consagrarse en lo sucesivo a sus «altos estudios eclesiásticos» (como ha llamado con ironía a sus estudios de gramática), y, más adelante, a sus artículos y ensayos (a los que, con la misma ironía, él mismo alude en ocasiones como «sermones» y «homilías»).

Sin embargo, en 1986 —es decir, treinta años después de *El Jarama*— publicó Ferlosio *El testamento de Yarfoz*, un extenso relato de resonancias épicas segregado de lo que a todas luces constituye un proyecto narrativo de mucha mayor amplitud, en el que Ferlosio habría trabajado durante años: la *Historia de las guerras barciালেas*. Con anterioridad a esa fecha, había publicado en la prensa, en 1980, el relato titulado «El escudo de Jotán», y posteriores son otros de tan diversa catadura como «El huésped de las nieves», «El reincidente» o «Plata y ónix». De lo que se desprende que Ferlosio nunca ha llegado a aparcar del todo, ni mucho menos, su faceta de narrador. Algo evidente desde siempre para quienes, familiarizados con sus ensayos, tienen constancia de la frecuencia con que recurre en ellos a procedi-

mientos y expedientes narrativos, cuando no introduce elementos netamente ficcionales (véase, sobre esto último, el apéndice de este volumen).

Y luego están los pecios, claro: ese material heteróclito constituido por apuntes, aforismos, ocurrencias, exabruptos, citas, fragmentos ensayísticos y hasta poemas y relatos. Los pecios son sin duda la vía más llana para cobrar conciencia de lo que este volumen se propone mostrar más cabalmente: que la escritura de Ferlosio, cualquiera que sea el género al que se oriente, es esencialmente proteica, combina casi siempre numerosos registros (entre ellos, constante, así sea en sordina, el humor) y, ya discurra linealmente o lo haga «tridimensionalmente», mediante esas largas y complejas frases poliarticuladas de largo aliento que caracterizan su estilo de madurez, se atiene siempre a lo que él mismo, tomándolo de Fernando Savater, ha señalado como el «principio general de la lealtad a la palabra: “Que no se hable en vano”».

II

El título *Páginas escogidas*, de larga tradición a la hora de proponer una selección de la obra de un determinado autor, elude deliberadamente el criterio comparativo. Las *páginas escogidas* no tienen por qué ser, necesariamente, las *mejores páginas* del autor en cuestión. Lo que vale por decir que no se trata aquí, propiamente, de una *antología* (término impregnado, aunque no lo pretenda, de connotaciones valorativas), sino más bien, conforme se ha sugerido ya, de un recorrido que se quiere a la vez representativo e

incitante, capaz tanto de procurar una idea aproximada de la amplitud y de la diversidad de la obra de Ferlosio como de despertar el deseo de adentrarse más a fondo en ella.

El criterio empleado para armar el presente volumen es, inevitablemente, múltiple. En primer lugar, es panorámico: pretende abarcar los diferentes géneros y los principales registros en que se ha desarrollado la obra de Ferlosio, comprendidas las tres etapas que él mismo, en un escrito célebre («La forja de un plumífero», de 1998), distinguió dentro su propia trayectoria: la de su afición por la «prosa» literaria o «bella página» (representada principalmente por *Alfanhuí*), la de su exploración del «habla» (que dio lugar a *El Jarama*), y finalmente, «tras muchos años de gramática», la de su inmersión en «la lengua» (representada sobre todo «en los escritos no literarios»). No hay que tomarse demasiado al pie de la letra esta división de Ferlosio, a la que cabe superponer otras igualmente plausibles, como sería la que se derivaría de ordenar sus textos conforme a esas apenas «seis o siete» cuestiones por las que, en definitiva, dice haberse interesado en el transcurso de su vida. En cualquier caso, aquí se ha intentado reflejar tanto esas tres etapas aludidas como esas seis o siete cuestiones (que Ferlosio, por otro lado, se cuida mucho de enumerar).

Como es fácil deducir de lo dicho hasta ahora, este volumen tiene sobre todo un propósito divulgativo. Trata de vencer las aprensiones que despierta la complejidad que tantos atribuyen a Ferlosio, y trata de hacerlo priorizando, sobre las más intrincadas y extensas, aquellas piezas que, sin desmentir esa complejidad, demuestran que constituye mucho antes un aliciente que un obstáculo para disfrutar

de la lectura. Esto no quiere decir que algunos de los textos escogidos no presenten dificultades para el lector; no era cuestión de ofrecer una versión *light*, por así decirlo, de un autor que se resiste como pocos a cualquier intento en este sentido. Pero el recorrido que aquí se propone alterna intencionadamente piezas de envergadura muy diversa, no pocas de ellas de naturaleza netamente narrativa, otras muy breves, casi todas admirables por su belleza y por el modo tan vibrante en que en ellas se abre paso la razón, y alguna —como, muy en particular, «l catalani»— traída, a despecho de su prolijidad, como ejemplo insuperable de un proceder caracterizado por la amplitud de los conocimientos puestos en juego, por el don de lenguas que acredita y por la precisión de la argumentación.

En cuanto a la ordenación de los textos aquí reunidos, se atiende, de un modo flexible, a un criterio básicamente cronológico, respetuoso con la progresión tanto del estilo como de los temas que han preocupado a Ferlosio a lo largo del tiempo. Este criterio cronológico, sin embargo, es interferido por cierta intención rítmica, si cabe expresarlo así, conforme a la cual se agrupan los textos en sucesivos tramos —quince en total, más un apéndice—, conformados cada uno, de modo bastante impreciso, a partir determinadas afinidades. Entre cada uno de estos tramos se interpola, a modo de divisoria, un puñado de pecios que, dada su brevedad y su multiplicidad, actúan como contrapunto de las piezas más extensas.

Importa advertir que, junto a textos íntegros (pecios, relatos, ensayos breves, artículos, conferencias), se dan aquí otros segregados de piezas de mayor envergadura, si bien

siempre se ha tenido en cuenta que admitan ser leídos con suficiente autonomía. Al final del volumen se detalla la procedencia de cada uno.

Todos los textos se dan conforme a su última edición (siempre en los sellos ya mencionados). Las ocasionales notas al pie son del autor, cuando no se indica lo contrario.

Proponer una selección de los artículos y ensayos de Ferlosio es una tarea abrumadora pero a la postre gratificante. Abrumadora por la dificultad y el drama que entraña tener que descartar tantas piezas que uno juzga admirables, cuando no imprescindibles. Y gratificante porque, dada la excelencia del material considerado, se tiene la garantía de que, cualquiera que sea la selección finalmente propuesta, el resultado será siempre plausible.

La selección que aquí se presenta cuenta con un precedente destacable: el volumen titulado *Carácter y destino. Ensayos y artículos escogidos* (Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2011), impulsado por Matías Rivas y seleccionado y prologado por Carlos Feliu y quien esto firma. Ese volumen, que dejaba a un lado tanto la obra narrativa como los pecios, estaba pensado para divulgar la obra ensayística de Ferlosio entre los lectores de Latinoamérica, donde es escasamente conocida, lo que condicionaba hasta cierto punto el criterio de selección. Esta es la razón por la que, cuando Claudio López de Lamadrid concibió la idea de, a modo de homenaje a Ferlosio con motivo de su noventa cumpleaños, coronar la publicación de toda su obra con un volumen de carácter antológico, destinado a un público amplio, se optó por armar una selección completamente nueva, con un criterio más abarcador.

El contenido de esta selección ha sido consultado, en primer lugar, con el propio autor, quien se limitó a sugerir la inclusión de media docena de las piezas finalmente reunidas. También se ha consultado con cuatro personas muy cercanas a Ferlosio y profundas conocedoras de su obra: Demetria Chamorro, Gonzalo Hidalgo Bayal, José Luis Pardo y Tomás Pollán. Las cuatro han enriquecido el resultado final con importantes sugerencias, en su mayor parte atendidas, y con ello han hecho más llevadera, aunque no menos comprometedora, la responsabilidad de llevar a término este trabajo.

Gracias.

IGNACIO ECHEVARRÍA
Barcelona, julio de 2017

PÁGINAS ESCOGIDAS

DE LOS ÁSPEROS Y GRANDES LANCES DE LA MONTAÑA

Por la tierra de secano hacia la montaña, canta la pájara antigua. Sobre las tapias de pizarra, junto a la blanca carretera, grazna, mece su cola. Al carretero le roba el pan y le despinta el carro. Grita a los cereales cuando les llega el madurar. Con su voz, seca los campos para la siega. Las otras aves se van, pero las urracas se quedan siempre, antiguas pájaras de la meseta. Ellas delatan crímenes nefastos y piden venganza para las violadas. Reconocen a los hombres y saben mucho de geografía. Saben cuanto pasa en los pueblos y los caminos. Dicen los nombres de los muertos y los recuerdan sin pena. Unas a otras se narran las historias de los muertos. Camino del camposanto los ven pasar y se quedan sobre una piedra, narrándose cuanto vieron. Viven los hombres y envejecen; las urracas hablan y miran. Las urracas sin pena no creen en la esperanza; ellas narran tan sólo, y repiten los nombres de los muertos. Los muertos van a lo largo del camino de la montaña. Van, como nublados sin lluvia, a trasponer las oscuras cimas. En la voz de las pájaras sus nombres quedan.

La montaña es silenciosa y resonante. Como el vientre de la loba es su vientre, arisco y maternal. Esconde sus manantiales en los bosques, como la loba sus tetas entre pelo. La montaña está tendida mansamente, amamantando a la lla-

nura. Sólo a veces se levanta dura y esquiva y rasga los labios de los campos.

Por encima de los bosques viene el talud pelado, con sus pedrizas y sus reventones, donde nace la arena de los ríos. La montaña se rasga el pecho y echa aludes de piedras angulosas. La montaña tiene arenales en los ríos de la llanura y sus ojos dormitan entre la arena de los remansos.

Donde terminan las pedrizas, brota, de golpe y vertical, el testuz de la montaña. Como un susto aparecen los grandes mascarones; los viejos mascarones de roca que miran al mediodía. Tienen el labio inferior saliente y allí se posan los abantos. Destilan de sus narices agua y musgo y en los bordes de sus ojos anidan, como legañas, las tarántulas. Miran a la llanura con ojos soñolientos. Las montañas tienen su rostro al mediodía; los caminantes las conocen por este lado. Los nombres de las montañas están escritos en su solana y por la umbría nadie las conoce. Por el norte encorvan al cierzo sus grupas oscuras y desconocidas. Allí se pierden los hombres por las lomas sin árboles, porque no reconocen a los montes por la espalda. Allí la sierra no se corta de golpe, se extiende ondulante en oscuros perdederos.

Los grandes mascarones escondían sus crestas en los nublados; en los negros y densos nublados. Abajo, por la cañada, quedaba un poco de día. Sobre el testuz de la montaña había ya noche. Una noche de nubes que venía del norte. Se oía el desperezarse de los inmensos caballos. Los caballos de la tormenta, que galopan por las cresterías y hacen el rayo con sus cascos. Los rayos rompen las cejas de los mascarones. Pero su mirada sigue impasible. Sus rostros blanquiverdes se encienden en la noche, serenos y espan-